

*Biblioteca Nacional
Victor Rúa*

UN CAPÍTULO

MÁS ════════════

SOBRE ════════════

MIGUEL ════════════

DE SANTIAGO

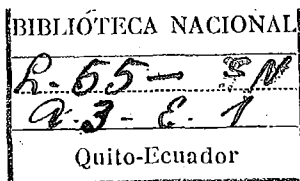


1933

EDITORIAL GUTENBERG

QUITO-ECUADOR

UN CAPÍTULO
MÁS ===
SOBRE ===
MIGUEL ===
DE SANTIAGO



1933

EDITORIAL GUTENBERG
QUITO-ECUADOR

I

Sería temeridad de nuestra parte, intentar el desarrollo de un análisis sobre la personalidad de Miguel de Santiago, cuando se ha dicho de él todo lo imaginable; tanto, que después de dos siglos y medio, vemos su figura a través de continuada leyenda. Además, alguien diría que no estamos capacitados para ello, y puede que tuviese razón; pero, como ahora tratamos solamente de deshacer enfuertos, en vista de que ningún Quijote ha querido blandir su lanza en defensa de tan noble causa, no podemos resistir a la tentación de esgrimirla nosotros, añadiendo un capítulo más, con perdón de ciertos convencidos doctos en materia de Arte, que en Quito quieren monopolizar la censura y preten-

den subyugar a todo el mundo bajo su omnímoda autoridad. Vamos, pues, a intervenir en el manoseado pleito, (si así se puede llamar), apoyados en la opinión claramente expuesta por el Ilmo. Arzobispo González Suárez en su *Historia General del Ecuador*, tomando en cuenta que el Ilmo. Arzobispo fué autoridad en materia de Arte: con vastísimo saber y espíritu observador, sacó mucha experiencia de frecuentes visitas a los principales museos de Europa, rico caudal del que carecen los que ahora se alzan airados a criticarle.

Y es tanto más valedera la opinión del señor González Suárez, cuanto que él no podía ignorar las contrarias, como la expuesta acerca del nacimiento en Quito de Miguel de Santiago, por Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la «*Relación histórica del viaje a la América Meridional*». (Madrid, 1748, citada en el concienzudo estudio del P. Iglesias).

Antes que el Ilmo. González Suárez, se ocuparon también en Miguel de Santiago, otros escritores, nacionales y extranjeros, (1) haciendo hincapié especialmente en la fantástica y espeluznante leyenda.

(1) Fr. Valentín Iglesias reprodujo textualmente las opiniones de aquellos autores, motivo que nos excusa de hacerlo nosotros.

da del Cristo de la Agonía, Cristo del cual nadie sabe el paradero, y aún es probable que no exista.

Pero, quien analizó sus valores artísticos con más conocimiento de causa y acopio de detalles, fué indudablemente el Rdo. Fr. Valentín Iglesias, en el folleto «Miguel de Santiago y los cuadros de San Agustín» (1) cuya franqueza estuvo exenta de toda intención ofensiva: él, jamás dejó abandonado su laboratorio cultural, y fué su más grande anhelo, la verdad.

II

En aquellos días, a raíz de la publicación de dicho folleto en 1909, varias personas de prestancia social visitaron el Convento de San Agustín, y así como ellas, fueron algunas que, con poco disimulo, intentaron catalogar los cuadros de Miguel de Santiago, cosa que les habría sido fácil realizar con beneplácito de los PP. y sin hacer misterio de ello.

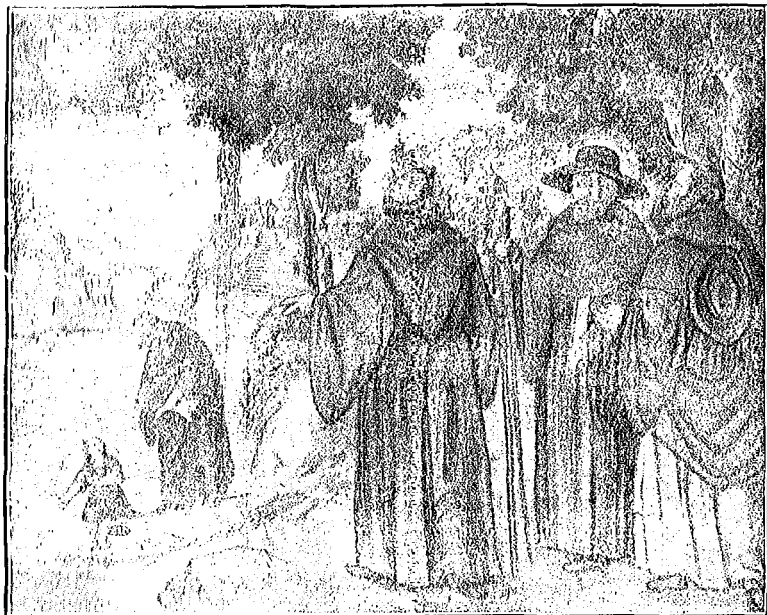
(1) Quito, 1909.—Imprenta del Clero.



San Agustín en la Etrucia, según Schelte de Bolswert

Es preciso reconocer que los frailes de San Agustín, a igual de los de otras comunidades, han tratado, no sólo de conservar la colección de cuadros que han tenido en sus conventos, sino también de enriquecerla con nuevas adquisiciones.

No ha ocurrido lo propio con varias obras de mérito que fueron propiedad del Estado, las cuales, una tras otra emigraron en provecho de algunos inescrupulosos, sin que nadie se diese por



San Agustín en la Etrucia, según Miguel de Santiago (1)

advertido. ¿Acaso, no está fresco todavía el recuerdo del escandaloso proceso que se promovió con motivo de la suplantación de un cuadro en el templo de Guápulo, en el que intervino un distinguido diplomático en maridaje con alguien que se

(1) Miguel de Santiago interpretó la figura de San Agustín con más naturalidad que Bolswert, al darle cierta inclinación para contemplar al niño (ángel) que trata de vaciar el mar en un hoyo.

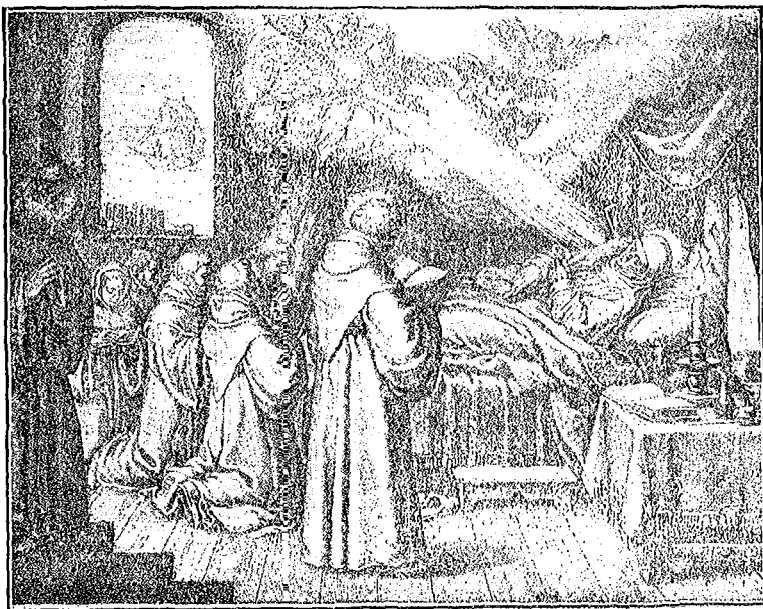
preciará de tener mucho celo por la conservación de los tesoros artísticos del país?

En apoyo de nuestra aseveración sobre los cuadros que existen en los templos y conventos de Quito, encontraremos, por ejemplo, en la Iglesia de la Merced, diferentes producciones de Joaquín Pinto, Salas, etc. y varias más modernas de Mideros, actual Director de la Escuela de Bellas Artes; en San Agustín, junto con Goribar, Samaniego, Cadena, Salas y otros muchos de la Escuela Quiteña, figura Juan Manosalvas con un soberbio cuadro que representa el Padre Eterno, cuadro que le encargaron, probablemente, para ser colocado en la cúpula central de la iglesia y que actualmente se halla sobre el arco de la entrada a la capilla de Lourdes, en el mismo templo. (1)

(1) Este notable lienzo, estuvo antes en el claustro alto del convento; pero como despertara alguna codicia, los PP. Agustinos resolvieron trasladarlo donde está.

III

Entonces, a poco de publicado el folleto en referencia, folleto que, dicho sea de paso, levantó una polvareda inusitada, expuso el Dr. José Gabriel Navarro que lo iba a refutar; y, años después, el Sr. Luis F. Veloz, en una conferencia que sustentó en el Teatro Sucre, con su autoridad de Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, se manifestó animado de iguales propósitos; mas, por causas que no nos interesa averiguar, han transcurrido cerca de cinco lustros, y en este intervalo el Ilmo. Arzobispo de Quito entregó su alma a Dios, y el virtuoso Fr. Valentín Iglesias, después de 30 años de residencia entre nosotros, se trasladó a su Colegio de Calahorra (España), sin que dichos aman-



Muerte de Santa Mónica en Ostia, según Schelte de Bolswert

tes del Arte Nacional, rindiesen los honores debidos a su palabra; de modo, que la conferencia del Dr. Navarro en la Universidad Central, del cuatro de Diciembre de 1931, fué como réplica lanzada a los veintidós años de la fecha en que circulara el folleto; podríamos decir, a traición y hasta con alevosía.

Como pudiera ocurrir que algún lector de este capítulo, llevado de maliciosa suspicacia, se hiciese



Muerto de Santa Mónica en Ostia, según Miguel de Santiago



la reflexión, del por qué, nosotros, hemos tardado más de año y medio en rebatir los artificiosos conceptos de la conferencia del Dr. Navarro, nos anticipamos a declarar, que siendo tan palmaria la ofensa que con ella infería a la verdad, no pudimos presumir que tantos y tan distinguidos cultivadores del Arte pictórico como hay en Quito, la aceptasen como verdad inconcusa y sin expresar votos de reprobación.

Por otra parte no habíamos contraído compromiso alguno sobre la materia; y finalmente, la dolorosa solicitud que prestamos a larga y aguda dolencia de un miembro de nuestro hogar, nos restaba todo ánimo para distintas empresas del afán cotidiano de subsistencia.

IV

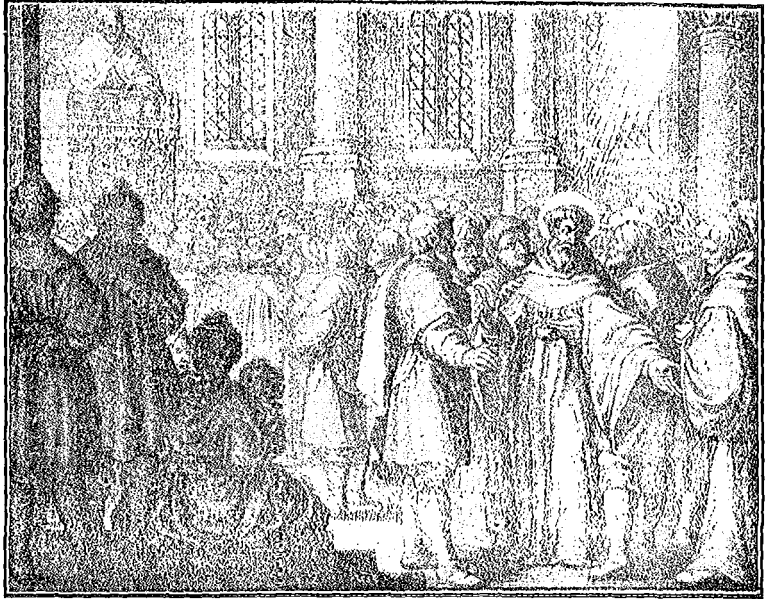
Sentar cátedra en materia de Arte, establecer sentencias sobre tal o cual autor, no es potestativo de cualquier medianía, que se lanza con ansia inextinguible de conseguir encomios por medio de todo expediente. Oigamos cómo se expresan los grandes maestros en la materia.

El insigne Ignacio Zuloaga, dijo, hace poco, en un reportaje: «Nadie puede vanagloriarse de haber triunfado; mire Ud. el Greco. ¿Cabe ejemplo más asombroso de incomprensión? Ha sido preciso varios siglos para que el talento portentoso, descomunal, formidable de aquel artista sobrehumano,

fuere comprendido como se lo merece». Precisamente por esto, (agrega el cronista) «le fué fácil a Zuloaga, llevado de su entusiasmo, coleccionar varios lienzos del Maestro, bastante desdeñado entonces, a costa de poco dinero y que representan ahora un capital fabuloso». (Y añade:) «Cuando hace cosa de cuarenta y cinco años, Zuloaga, mozo entonces, aparecía en los cenáculos artísticos, sus amigos le llamaban el Greco, debido al entusiasmo que mostraba por el gran cretense».

Havelock Ellis, uno de los críticos ingleses más sutiles y profundos, expresa, a propósito de Velázquez: «Que si por milagro entendiéramos un hecho cuyos efectos rebasan los límites de la aparente simplicidad casual, bien podríamos decir que entre todas las obras pictóricas del mundo, las «Meninas» de Velázquez, es la que con mayor aproximación podría llamarse milagro»: cuentan que cuando Luca Giordano, consumado pintor, de temperamento sensitivo y receptivo, vió el cuadro las «Meninas», dijo: «Esto es la Teología de la Pintura»; pero este aserto quedó en olvido, observa Ellis.

Sin embargo, el mérito de las obras de Velázquez se vino a descubrir mucho después de su muerte, a pesar de que se anticipó casi a todos los movimientos pictóricos que se han producido des-



San Agustín es ordenado de Presbítero por el Obispo Valerio,
según Schelte de Bolswert

pués. Fué necesario, en efecto, que transcurriera un siglo para que Rafael Mengs lo calificara de primer pintor naturalista. En cambio, Reynolds, que conoció en Roma el retrato de Inocencio X, retrato reputado hoy como maravilla incomparable, no hizo de Velázquez una sólo alusión en su notable Crítica de Arte. Fué en otra ocasión, después de haberlo examinado más detenidamente,



San Agustín es ordenado de Presbítero por el Obispo Valerio,
según Miguel de Santiago

cuando exclamó «He aquí el cuadro más bello que hay en Roma», e hizo sacar una copia.

Hace escasamente 35 años, en ocasión del tercer centenario, se construyeron a propósito, una sala en el Museo del Prado, en Madrid, en la que reunieron sus principales obras, y un salón especial, con excelentes condiciones de luz, para su cuadro «Las Meninas».

V

Ahora bien; si los grandes críticos del Arte que se han sucedido a través de los últimos siglos, han necesitado de una elaboración tan larga para aquilatar la personalidad de Velázquez, del Greco y tantos otros?, qué ocurrirá entre nosotros, pobres e insignificantes aficionados, al querer definir el mérito de las copias y de los plagios de Miguel de Santiago?

Va sabemos que el autor de la conferencia no ignora lo que es un plagio (aunque en ella quiso confundirlo maliciosamente con lo que es una copia), ni desconoce tampoco qué concepto tienen formado de ello las personas de alguna ilustración; pues basta consultar un diccionario, para saber que

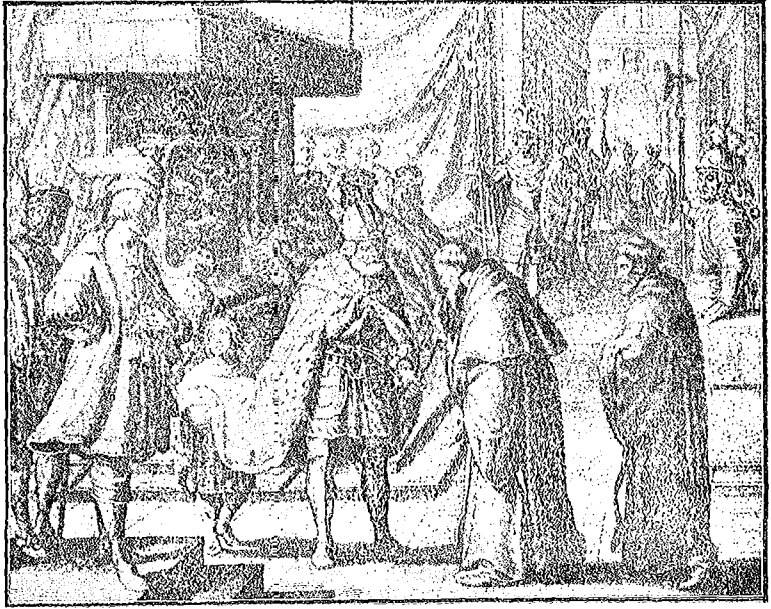
el plagio y sobre todo la copia, en Bellas Artes, cuando hay el intento de hacerla pasar como obra propia original, constituye grave pecado.

Los cuadros a que hacemos referencia, no son plagios propiamente dichos; son copias, en las que no existe discrepancia en ninguno de los rasgos generales de la composición original, ni aún en los detalles, como puede verse en los grabados comparativos que forman la ilustración de estas páginas.

Miguel de Santiago interpretó el colorido, en algunos cuadros, con singular talento. Nuestro virtuoso maestro Don Joaquín Pinto, tuvo igual penetración cuando copió, allá por los años 1904, un cuadro del gran Rafael tomado de un grabado.

Pero en el caso de que tratamos, encaja bien el decir que el Dr. Navarro hizo el lego, por convenirle así a su prurito de notoriedad.

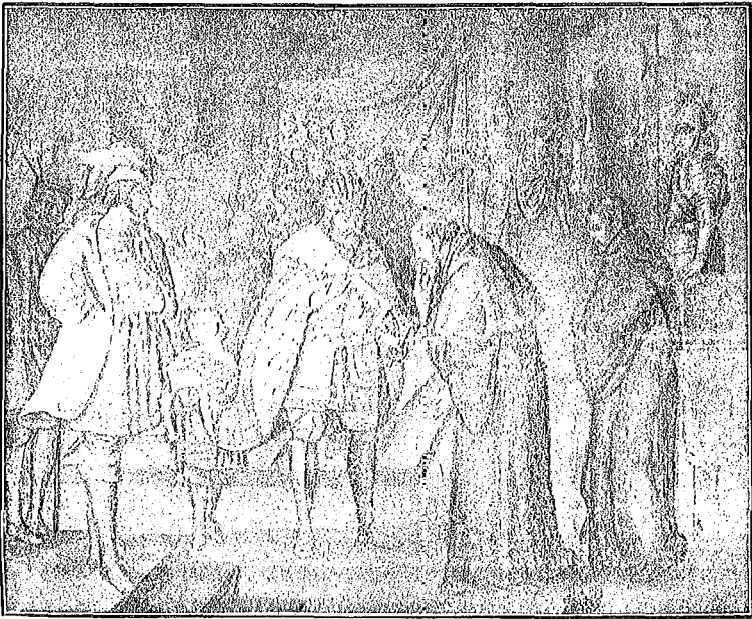
Es que nosotros somos portentosos, somos sapientísimos que nada tenemos que aprender, según parece por el poder y mano que solemos tomar en todo asunto; pero, con tales arbitrios como éste. Viene a Quito un ilustre turista, el Profesor Sartorio, de Italia, quien recorre con avidez todos los rincones de los templos de la Compañía, de San Francisco, etc., y nos descubre varias joyas de dis-



San Agustín ante el Emperador Honorius, según Schelte de Bolswert

tinto orden, de las cuales no nos habíamos dado cuenta: nos constituímos en guías, le seguimos paso a paso en sus pesquisas e indagaciones, le escuchamos con devoción, le interrogamos, tomamos algunas notas, para lograr ¡oh prodigio! hacer propios sus conceptos.

Aunque en ocasiones nos pongamos al socaire viendo impassiblemente como han coronado la torre de la Catedral con un remate digno de un pastel



San Agustín ante el Emperador Honorius, según Miguel de Santiago

de Pascua; es decir, con absoluta ausencia de la armonía arquitectónica que debía buscarse con el resto del edificio y aun más si se quiere, con la soberbia portada de la Capilla del Sagrario, que queda a cuatro pasos de distancia.

Y, en vez por el contrario, nos hagamos los doctos, aconsejando de mil maneras por la prensa con insistente porfía, sobre el modo de colocar un órgano en el coro de la Iglesia de San Francisco.

Al fin a Dios gracias, los frailes tomaron el buen acuerdo de tapar los huecos en los cuales iban a empotrar al pobre animalito..... dejando rotos los muros, las molduras y el igualmente rico artesonado del coro

VI

Los tratados de Estética nos enseñan que entre las cualidades más importantes que entran como factores en el éxito de la obra de un artista, debe citarse, en primera línea, el encanto del sentimiento; cualidad no tan fácil de definir. Es, por decirlo así, algo intangible, poco accesible al análisis y difícilmente comprobado en sus manifestaciones por las reglas ordinarias de la práctica; empero, su presencia en determinadas obras, es apreciada por cualquiera persona de sensibilidad. Los Artistas de mayor grado de sentimiento, infunden sus creaciones en una atmósfera de indefinible sugestión, que atrae los espíritus delicados.

El Artista, crea, forja, busca motivos, se inspira y, dentro de la más concentrada emoción, ejecuta su obra que sólo entonces y en estas condiciones puede llamarse suya.

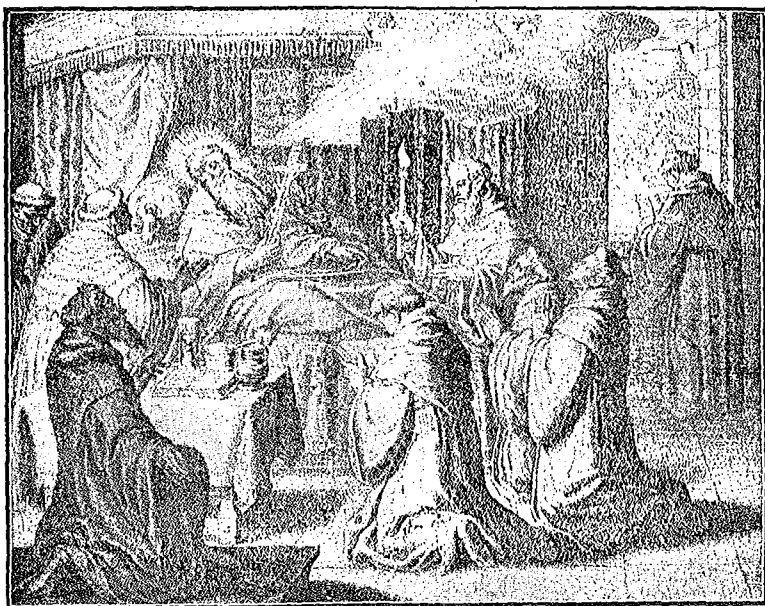
Quien copia un modelo, aunque lo corrija, aunque lo modifique en expresiones y en colorido, podrá ser buen pintor, pero no propiamente Artista creador: donde no hay creación, fuera de los términos vulgares y en especialidad en su línea, no hay genio, por más que llamen Artista al que sabe hacer bien una cosa. Muchos aficionados al Arte son artesanos de más o menos ingenio, y nunca otra cosa.

Si un pintor mejora en grado admirable la forma o figura que sigue, puede alcanzar el honroso calificativo de Artista, menos en el sentido puro de creador, de inspirador de concepciones originales.

Coll y Vehl enseña que la originalidad, es lo que caracteriza principalmente las obras del verdadero Artista, y la invención de elementos nuevos, es la originalidad más valiosa.

El gran Montalvo escribe «La Belleza es ideal, abstracta, sujeta a los sentidos; así como el filósofo Simónides nunca acertó a definir a Dios, así nadie será capaz de manifestar en lo que consiste la Belleza».





Muerte de San Agustín, según Schelte de Bolswert

«El Comercio», decano de la prensa capitalina, a propósito de la Exposición «Mariano Aguilera» en el número del 8 de Agosto de 1928, dijo: «Los maestros han formado escuela; notamos imitaciones de sus característicos procedimientos, copia de su técnica, que son cosas muy distintas del Genio».

Viniendo al punto de la sostenida originalidad, preguntamos nosotros, ¿en qué obras de Miguel de Santiago, copiadas de Bolswert y existentes en el



Muerte de San Agustín, según Miguel de Santiago



Convento y la Iglesia que lleva el nombre del gran Obispo de Hipona, se revela su sentimiento creador, no obstante la admirable ejecución del precioso cuadro de la «Muerte de San Agustín», en que bastante se liberta del modelo, y tal vez la del llamado de «Las Sillas», a pesar de que en este último, la perspectiva quede tan mal parada?

VII

Téngase en cuenta que la personalidad de Miguel de Santiago, se halla íntimamente asociada con el Convento de San Agustín, y es caso extraordinario que en ninguna otra parte haya dejado apreciables vestigios de su labor artística; pues, lo que de él se conoce, fuera de los cuadros de ese convento, tiene, a nuestro entender, valor muy relativo.

¿Donde están, pues, las obras de fama que pintó antes y después de su estada de dos o tres años en el Convento de San Agustín? Ni los Doctores que tiene la Iglesia la saben, a no dudarlo. Todo lo que se diga al respecto es pura suposición y fantasía, lo mismo que de su origen. El apellido «de Santiago» existía aquí y lo llevaba un

fraile franciscano de alguna notoriedad, (dice el Dr. Navarro) pero no por ello hemos de inferir que el gran pintor haya nacido en Quito. ¿C se querrá cometer, acaso, el sacrilegio de endilgar al fraile la paternidad de Miguel de Santiago? Y todo es posible en la vida: el doctor Navarro fue a descubrir en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, a cierto pintor ecuatoriano, Adrián Sánchez Galpe, según afirma, al que probablemente acomodarán de maestro de Miguel de Santiago, o de eslabón indiscutible entre épocas, períodos y series artísticas ecuatorianas, para hallar el pretexto de meter en alboroto las prensas amigas hasta fatigarlas.

El insigne Pinto, con evidente buena fé, contribuyó a ratificar la leyenda, regalándonos un Santiago de capa y chambergo a lo mosquetero, sacado a lo que parece de un Fragmento del cuadro llamado de «Las Ceras» u otro (1). Lo demás sería trabajo de oficina: de los archivos de las parroquias más antiguas de Quito, (Belén o San Sebastián, por ejemplo) bien pudiera sacarse una fé de bautismo, en caso de apuro.

(1) Revista de la Escuela de Bellas Artes N^o. 2, Octubre 15 de 1905:



Funerales de San Agustín, según Schelte de Bolswert

VIII

Tiempo después que publicó el P. Iglesias la primera edición de su folleto, la réplica pudo tener interés; pero hoy, cuando tanto valiente hundió su lanza, resulta un poco ridícula, mayormente si se alegan tan peregrinos argumentos.

La crítica que se atreve a poner lenguas y a censurar tardíamente al lejano autor, como el bra-



Funerales de San Agustín, según Miguel de Santiago

vo de marras perseguía a la inofensiva sombra, se ha producido en esta ocasión tan fuera de lugar conforme lo habíamos previsto; y así lo manifestamos a nuestro buen amigo, fino e inteligente cultivador del Arte, Don Alfonso Mena C., cuando le dijimos: «Ya verá Ud. cómo esperarán estos pseudopolemistas, a que se vaya de Quito el anciano fraile para salir a la palestra contra molinos de viento».

El esclarecido Padre Iglesias enalteció los méritos de Miguel de Santiago, si bien le negó «ese quid divinum, que es la fuerza creadora del genio», y refiriéndose a sus cuadros del Convento de San Agustín, probó, hasta la evidencia, que no son originales las más de sus composiciones; habiendo llegado a la conclusión sincera de que «ni estriba en sólido fundamento su fama y reputación de supereminencia pictórica o de genio creador».

IX

El Dr. Navarro, en su conferencia, extemporánea desde luego, no alcanza a impugnar las afirmaciones del P. Iglesias, y, más bien, las corrobora al escaparse por la tangente, sentando aquella estupenda proposición, recogida por un periódico: «Aunque nuestros artistas coloniales hubiesen cometido el pecado del plagio, tendrían igual derecho a la fama que los más grandes del mundo». Quizás los sencillos campesinos de Pomasqui o de Pujilí, ayunos de saber, puedan aceptar sin reparos

esta monstruosidad; dudamos mucho, si, que se conformen con ella quienes asistieron a la conferencia, la cual, vista a través de «El Día» (1) cuya reseña pudo muy bien haberla escrito el mismo conferencista, constituye otro despropósito. Es tan corriente, por lo demás, el risible autobombo en nuestra tierra!

Todo junto, nos parece una de tantas manobras en que es muy versado el Dr. Navarro. Mucho antes que éste pensara en dar su conferencia, ya sabíamos que la originalidad en la obra artística no está sólo en la invención del motivo, sino principalmente en la emoción con que el autor ha sabido realizar su obra.

Verdad es, y así ocurre verbi gracia, a tantísimas imágenes de Jesucristo, que el Arte Pictórico ha producido; pero, para un crítico consagrado como José Frances, demos el caso, (conocido según parece, del Dr. Navarro), no habrá más analogía entre el Cristo del Greco y el Cristo de Velásquez, que la de representar al Redentor Crucificado; pues, siendo dos soberbias creaciones, la composición, la técnica, la expresión, la anatomía, el colorido, y el sentimiento con que han sido ejecutadas, son com-

(1) Número correspondiente al 5 de Diciembre de 1931.



Traslado de las reliquias de San Agustín a Pavía,
según Schelte de Bolswort

pletamente distintos, y a nadie se le ocurrirá sospechar que Velázquez, en este caso, se inspirase en el Greco. Y concluye el Dr. Navarro, acentuando más su error, «que se puede ser muy original aun en la imitación de obras ajenas».

Nosotros pensamos como Coll y Vehi que un pintor será tanto más original, cuanto menos copie e imite obras de otros autores, y que no se puede suponer originalidad en la imitación.



Traslado de las reliquias de San Agustín a Pavía,
según Miguel de Santiago

Del gran poeta Fr. Luis de León se ha dicho en las obras de literatura preceptiva, que es más original cuando imita, que muchos cuando inventan: y citan a este propósito, sus poesías «La vida del Campo» y «La profecía del Tajo», en que sigue a Horacio; más, este principio tiene particular aplicación, al tratarse de trabajos literarios, en los cuales, según una ingeniosa frase, es lícito el robo sólo cuando va acompañado del asesinato.

X

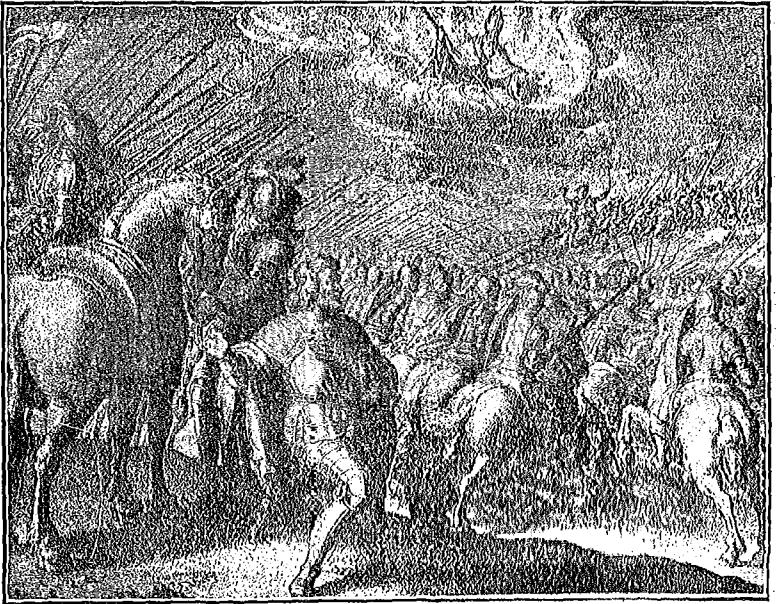
En pintura, no sabemos que ninguno de los grandes maestros se haya dedicado a copiar colecciones de cuadros ajenos, ni menos que fundaran en ellas su prestigio.

Todo el mundo sabe que los alumnos de las Academias de Arte, en las capitales de Europa y América, concurren a los museos frecuentemente, llevando sus caballetes y material de pintura, para copiar las obras de los más renombrados maestros, a fin de empaparse de su técnica, su colorido, etc. y los trabajos ejecutados de tal modo por vía de estudio, constituyen la base de su futura formación. Aquellas solícitas abejas que acumulan así la miel

a su panal, no firman, es claro, sus copias, sin consignar el nombre del autor.

Al respecto, entre nosotros, podemos citar al distinguido Maestro don Antonio Salguero, quien nos trajo de Europa preciosas copias de cuadros de la Escuela Italiana y otros de la de Fortuny, así como del gran retrato del Papa Inocencio X de Velázquez, etc.; y, ante los que visitan su importante Galería, tiene en orgullo citar el nombre de los respectivos autores.

Y aun estampó en su folleto el P. Iglesias con ánimo más bien indulgente que severo; «Ni el dibujo lo es todo en un cuadro, ni dejan de revelarse grandes cualidades de artista en quienes reproducen obras ajenas»; y lo dijo refiriéndose a Miguel de Santiago, «reconociendo que en ocasiones corrigió y mejoró el dibujo original», como sucede a su entender, en «La muerte de San Agustín» en donde, agrega, la figura y posición del moribundo son más dignas y propias en la obra quiteña que en la de Bolswert. No obstante, nosotros pensamos con el P. Iglesias, que no es genio creador ni supereminencia pictórica, quien, encargado de pintar una serie de lienzos para el adorno de una galería, y encontrando veintiocho grabados que representan otros tantos pasajes de la vida de San Agustín, los



Aparición de San Agustín a Francisco Gonzaga, duque de Mantua,
según Schelte de Bolswort

reproduce casi todos, con fidelidad, unos por sí mismo y los demás por medio de sus discípulos. Y esta es, precisamente, la obra de Miguel de Santiago en el Convento de San Agustín.



Aparición de San Agustín a Francisco Gonzaga, duque de Mantua,
según Miguel de Santiago

XI

Apesar que el Dr. Navarro lamenta no haber podido llevar consigo los grabados de Bolswert, para hacer con los cuadros de Miguel de Santiago, lo que hizo con los de Goribar, esto es, proyectar

alternativamente los magníficos Profetas del templo de la Compañía y las viñetas de la Biblia que le habían servido de modelo, hallamos por nuestra cuenta que falta honrada sinceridad en sus lamentaciones; pues están en la Iglesia de San Agustín a la vista del público los cuadros del pintor, y le consta que los PP. Agustinos conservan los grabados de Bolswert y que se los hubieran facilitado de buena voluntad.

No le vino en gana el hacerlo, porque no le convenía exhibir sucesivamente los originales y las copias que estaban en abierta pugna con su tesis; pero, esto que no hizo el Dr. Navarro, lo hacemos nosotros, con unos cuantos fotograbados comparativos de las obras del célebre pintor y de los grabados del original autor flamenco, que es la prueba más concluyente que se puede exhibir en pro de nuestras afirmaciones.



Hemos prescindido de los cuadros que se hallan puestos en la nave central de la Iglesia de San Agustín, cuadros copiados fielmente de los originales de Bolswert, por la dificultad de colocarlos al alcance del objetivo fotográfico, razón que nos obliga, por consiguiente, a concretarnos sólo a ocho; cinco, de los que se hallan en los claustros bajos del convento; otro, «la Muerte de San Agustín» situado

en la Sala Capitular, y a dos más, que figuran en el coro, los dos últimos debidos al pincel de algún alumno, probablemente de Morales, y corregidos por el maestro.

Así se puede ver, como Miguel de Santiago siguió los trazos de Bolswert y a veces de un modo servil, no en un cuadro únicamente, sinó en la mayor parte de la serie; con lo cual queda demostrado, que en Quito, llevados de un raro furor patriótico, no trepidamos en establecer falsos juicios en materia de Arte, sin embargo de constituir un tema tan incierto y tan indefinido, aún para los más versados y perspicuos en la materia.

VICTOR PUIG

Ex-Director de la Escuela de Bellas Artes

Quito, Octubre de 1933.

